

El consumo del simulacro: la *performance* de la prostituta en los discursos de hombres que demandan prostitución femenina

Beatriz Ranea-Triviño¹

Recibido: 02-02-2020 // Aceptado: 23-01-2023

Resumen. El hecho de consumir prostitución es una práctica masculina que está imbricada en la desigualdad de género y tiene relación con el mantenimiento de un modelo determinado de masculinidad (hegemónica). Este artículo presenta los principales resultados de una investigación cualitativa en la que se han realizado entrevistas en profundidad a hombres consumidores de prostitución femenina en España en la época actual. El aparatage conceptual elaborado por Raewyn Connell que establece el binomio masculinidad hegemónica-hiperfeminidad es útil para explicar el marco de referencia a través del cual hombres que consumen prostitución dan sentido a sus experiencias. Se argumenta que estos hombres esperan que las mujeres prostituidas representen mandatos de hiperfeminidad ligados a la disponibilidad complaciente e incondicional para satisfacer los deseos masculinos y, por ello, no pagan únicamente por sexo, sino que están pagando por la *performance* que lleva a cabo la prostituta, por el consumo del simulacro.

Palabras clave: masculinidad; género; prostitución; hiperfeminidad.

[en] Consumption of the simulacra: The prostitute's performance within the discourses of men who pay for prostitution

Abstract. The fact of paying for prostitution is a male practice that is imbricated in gender inequality and is related to the maintenance of a certain model of (hegemonic) masculinity. This article presents the main results of a qualitative research in which in-depth interviews were conducted with male consumers of female prostitution in Spain at the present time. The conceptual framework elaborated by Raewyn Connell that establishes the binomial hegemonic masculinity-hyperfemininity is useful to explain the frame of reference through which men who consume prostitution make sense of their experiences. It is argued that these men expect prostituted women to represent mandates of hyperfemininity linked to the complacent and unconditional availability to satisfy male desires and, therefore, they are not only paying for sex but also for the performance carried out by the prostitute, for the consumption of the simulacrum.

Keywords: masculinity; gender; prostitution; hyperfemininity

Sumario. 1. Masculinidad hegemónica e hiperfeminidad. 2. Metodología. 3. Resultados y discusión. 4. La *performance* de la prostituta y el consumo del simulacro. 5. A modo de conclusión. 6. Bibliografía.

Como citar: Ranea-Triviño, B (2023). El consumo del simulacro: la *performance* de la prostituta en los discursos de hombres que demandan prostitución femenina. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(1), 67548. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.67548>

“Sin mentira no habría prostitución”.
Kajsa Ekis Ekman

1. Masculinidad hegemónica e hiperfeminidad

En el estudio de las masculinidades se ha retomado el concepto de hegemonía propuesto por Gramsci (2009) en la primera mitad del siglo xx, que han desarrollado con posterioridad teóricos contemporáneos. La hegemonía sirve para analizar las estrategias ideológicas por las cuales una clase social define la cultura, la moral y las prácticas sociales que se generalizan y aparecen como neutras en un determinado contexto histórico. La sociedad interioriza esa cultura, siendo la hegemonía un principio organizador de la vida individual de los sujetos que incorporan como

¹ Universidad Complutense de Madrid (España)
E-mail: b.ranea@ucm.es

propios los valores hegemónicos en torno a los cuales articulan sus prácticas cotidianas. Esa hegemonía cultural, social, moral, económica y política de la clase dominante se sostiene en el consentimiento de las clases dominadas. La violencia explícita es utilizada cuando el consentimiento es quebrado.

En el caso de la masculinidad, los *Men's Studies* recuperan el concepto de hegemonía en el sentido gramsciano, y lo aplican al análisis de las masculinidades y las relaciones de género para referirse a la masculinidad hegemónica, así como a la hegemonía de los hombres. Se considera importante realizar una breve genealogía del concepto para entender su aplicabilidad en la investigación que se presenta en este artículo. Una de las primeras investigadoras en introducir el término hegemonía en el área de la masculinidad fue la socióloga australiana Raewyn Connell en 1987, quien lo desarrolla durante los años noventa en dos sentidos principalmente; uno de ellos fundamental para los resultados de la investigación que aquí se presenta. Por un lado, teoriza la masculinidad hegemónica en relación a lo que denomina la *feminidad enfatizada*; y, por otro lado, la masculinidad hegemónica en relación a otras masculinidades. A continuación, se expone el primer sentido.

Connell (1987) introduce el término masculinidad hegemónica en relación a la construcción de lo que denomina la *feminidad enfatizada*, que, para aplicarla en castellano, nos permitiremos renombrarla y denominarla *hiperfeminidad* o *feminidad complaciente*. La feminidad enfatizada es aquella que se espera por parte de las mujeres, y que se construye y representa para los hombres, es decir, es esa feminidad que busca satisfacer al hombre y que se adapta a la organización del poder masculino. Se corresponde con la exaltación de algunos de los valores del modelo normativo de feminidad que desde la teoría e investigación feminista se ha problematizado de forma extensa². En palabras de Connell: “la feminidad enfatizada se define por la adecuación a los intereses y deseos de los hombres” (1987:183). Así, la feminidad enfatizada sería necesaria para la producción y reproducción de la masculinidad hegemónica. Connell argumenta que no existe una feminidad hegemónica en el sentido de la masculinidad, pues la hegemonía implica poder social.

De esta forma, se utiliza el concepto feminidad enfatizada para dar cuenta de las producciones de feminidad que hacen referencia a mandatos que se articulan en torno al mantenimiento de la masculinidad hegemónica y que, por tanto, con este concepto se hace alusión a las prácticas, comportamientos, gestualidades, etc. que llevan a cabo las mujeres (que pueden ser *privadas* o *públicas*) y que tienen como sentido principal situarse en la complacencia masculina. Esto es, son *proyecciones de hiperfeminidad* que se ubican en la complacencia, el agrado de los deseos masculinos y la disponibilidad e incondicionalidad frente a los hombres.

Por tanto, el término hiperfeminidad no tiene que ver con una noción estática de la feminidad, sino que el valor de este concepto es hacer hincapié en el carácter relacional masculinidad hegemónica-hiperfeminidad, es decir, es una forma de concebir la feminidad marcadamente relacional y cuyo sentido y utilidad reside en la contribución a la reproducción de la masculinidad hegemónica y, con ello, a la construcción y reconstrucción del orden de género.

Esto es, el concepto no se centra en lo que comúnmente se define como una *mujer femenina* (Wollstonecraft, 2005) que se espera que sea —tanto visualmente como en el comportamiento— débil, dócil, delicada o recatada, entre otras características. Tampoco hace referencia únicamente a la *mística de la feminidad* (Friedan, 2009) vinculada principalmente al rol de la *buena esposa*³.

La definición de la feminidad enfatizada se centra en la expresión y exaltación de características de feminidad cuyo sentido reside en ser útil para la masculinidad hegemónica a través de la disponibilidad e incondicionalidad frente a los deseos de los hombres. Por tanto, es la feminidad que enfatiza las características fundamentales que definen a los *sujetos(objetos)* femeninos en relación al mantenimiento de la masculinidad hegemónica. Estas características podrían definirse como la complacencia, la subalternidad, la sumisión y la representación del agrado de encontrarse en dicha situación que resulta satisfactoria y ventajosa para los hombres. Se podría hacer un paralelismo con el caso que describe Goffman (1991:154) cuando se refiere a “la mujer sumisa” en su análisis de las imágenes publicitarias, de la que afirma que “[s]e deriva una actitud que podemos interpretar como la aceptación de una subordinación, como una expresión insinuante, sumisa y conciliadora”.

Esto ha de ser conectado también con lo que Cobo (2017:39) denomina la “sobrecarga de sexualidad femenina” para dar cuenta de la hipersexualización de las mujeres como mandato de feminidad en el contexto cultural actual. Las mujeres adquieren mayor valoración en tanto en cuanto mayor es su atractivo sexual para los hombres. La (auto)exigencia de la adecuación y la exhibición del cuerpo femenino en términos que resulten atractivos para la mirada masculina, así como el deleite de ser objeto de atención por parte de los hombres se constituyen como ejes fundamentales para la representación de la feminidad enfatizada.

² Desde Mary Wollstonecraft (2005) en 1792, hasta épocas más recientes por autoras como Simone de Beauvoir (2005), Betty Friedan (2009), Marcela Lagarde (2000), entre otras muchas, hay una basta producción teórica respecto a la feminidad.

³ La *buena esposa* o la *buena madre-esposa* también sería una proyección de hiperfeminidad. Una de las cuestiones que se argumenta es que al debilitarse el poder masculino sobre las mujeres *privadas*, aumenta la importancia de mantener y reproducir el poder sobre las mujeres *públicas*. De esta forma, se proyectan sobre ellas mandatos de hiperfeminidad que les permiten a ellos reforzar su masculinidad dentro de los espacios de prostitución.

Como se verá cuando se explique la *performance* de la prostituta, lo que los hombres esperan que las mujeres prostituidas representen está vinculado a los mandatos de hiperfeminidad ligados a la disponibilidad complaciente e incondicional para satisfacer los deseos masculinos. La prostitución es el espacio donde los hombres no han de hacer frente a la condicionalidad y los límites que puedan encontrar con las mujeres *privadas*.

2. Metodología

El aparatage conceptual del binomio masculinidad hegemónica-hiperfeminidad es útil para explicar los marcos de referencia a través de los cuales hombres que consumen prostitución dan sentido a sus experiencias. Para ello, se presentan los principales resultados de la investigación doctoral *Masculinidad hegemónica y prostitución femenina: (re)construcciones del orden de género en los espacios de prostitución en el Estado español*. Se trata de una investigación cualitativa que tiene por objeto conocer la relación entre la masculinidad hegemónica y el consumo de prostitución femenina, así como explorar el significado de la prostitución de mujeres en los procesos de construcción y reafirmación de la masculinidad en la España contemporánea. Se llevaron a cabo 15 entrevistas⁴ en profundidad a hombres consumidores de prostitución con diferentes perfiles sociodemográficos. Las entrevistas proporcionaron gran cantidad de información sobre sus experiencias y percepciones en torno a la masculinidad en relación a la prostitución de mujeres.

En la siguiente tabla (tabla 1) se recoge información básica sobre los entrevistados:

Perfiles básicos de los hombres entrevistados				
Código entrevistado	Edad	Residencia	Nivel estudios	Ocupación
E1	35	Madrid	Formación profesional	Desempleado con prestación
E2	34	Jaén	Licenciado en Filología	Desempleado con prestación
E3	34	Argel y Badajoz	Arquitectura técnica	Aparejador
E4	32	Madrid (Origen: León)	Bachillerato	Comercial
E5	30	Barcelona (Origen: Mallorca)	Diplomatura (no específica)	Comercial
E6	44	Gijón	Diplomatura (no específica)	Recepcionista de hotel
E7	29	León	Formación Profesional Grado Superior	Desempleado con prestación
E8	29	Madrid	Educación Secundaria Obligatoria	Vigilante de seguridad
E9	40	Madrid	E.G.B.	Camarero
E10	47	Madrid	No contesta	Director, actor porno y empresario de la industria del sexo
E11	35	Málaga	Licenciado Filología	En la actualidad estudia oposiciones
E12	48	Madrid	B.U.P.	Consultor
E13	44	Alcorcón	Formación Profesional Grado Superior	Desempleado
E14	28	Pueblo cerca de Ávila	Posgrado (profesorado)	Maestro de educación infantil
E15	38	Madrid	Bachillerato	Conserje

3. Resultados y discusión

Los relatos de los entrevistados muestran que la prostitución en el contexto actual ha de ser resignificada como un espacio de (re)construcción del orden de género. De esta manera, cuando las mujeres avanzan en algunos

⁴ Las entrevistas fueron realizadas entre 2015 y 2016. Los resultados de investigación completos se recogen en la tesis doctoral del programa de Sociología y Antropología de la Universidad Complutense de Madrid que lleva por título: *Masculinidad hegemónica y prostitución femenina: (re)construcciones del orden de género en los espacios de prostitución en el Estado español*, dirigida por Rosa Cobo Bedía (UDC) y Enrique Gil Calvo (UCM), y defendida en octubre de 2019.

ámbitos de la sociedad ganando más autonomía e independencia, por contrapartida recae sobre las mujeres en prostitución la carga de la hiperfeminidad.

Entre los entrevistados, nos encontramos con discursos bajo los que subyace un sentimiento de pérdida de derechos y poder sobre las mujeres y, por tanto, en este nuevo escenario social de impugnación de orden de género patriarcal, la prostitución adquiere un lugar central en las redefiniciones de la dominación masculina. De esta manera, se constituye como un lugar paradigmático para representar la masculinidad hegemónica por parte de los hombres.

Para estos hombres, el género femenino se construye como una proyección de expectativas que en la actualidad no son cumplidas por muchas mujeres —que han dejado de ser *privadas*— y, por tanto, buscarán satisfacer sus expectativas de hiperfeminidad en la prostitución. Una hiperfeminidad basada principalmente en la complacencia de los hombres y en la disponibilidad e incondicionalidad frente a ellos. De esta forma la prostituta es una proyección del deseo de consumir hiperfeminidad por parte de los demandantes y, a su vez, mediante el consumo de hiperfeminidad, ellos se aproximan a la masculinidad hegemónica. Como se ha visto, la masculinidad hegemónica se establece en relación a la feminidad complaciente de las mujeres.

En esta misma línea, Marttila (2008) argumenta que la prostitución es interpretada por los demandantes de prostitución como un espacio donde (re)establecer el orden de género patriarcal tradicional, es decir, esas relaciones de género en las que el hombre elige, la mujer es complaciente, obedece, está ahí para escucharle, etc. Por añadidura, Katsulis (2010: 216) argumenta que la prostitución —centrando su análisis fundamentalmente en el turismo sexual de hombres estadounidenses a México— es un escenario donde “los hombres son hombres y las mujeres son mujeres y todo el mundo conoce su lugar”. Cuando los privilegios y la situación de ventaja social de la masculinidad son cuestionados, la prostitución es un escenario paradigmático donde la hiperfeminidad es escenificada de un lado; y de otro lado, la masculinidad hegemónica es representada sin interpelación crítica. Como explica Rosa Cobo (2017:209) la “fractura subjetiva se recompone en el prostíbulo” y en el resto de los espacios de prostitución.

En este sentido, Beatriz Gimeno (2015:102) afirma: “Ellos pueden disponer de un espacio/cuerpo/territorio en el que poder ejercer un determinado tipo de masculinidad que les es negado ejercer en otros espacios y que es constitutiva de su personalidad, sin la que las fronteras de su subjetividad amenacen con diluirse”.

De los resultados obtenidos se destaca que a través del consumo de prostitución los hombres reafirman un modelo de masculinidad que se aproxima al ideal de masculinidad hegemónica que se configura en relación a la feminidad enfatizada (Connell, 1987), que en este artículo denominamos hiperfeminidad.

4. La *performance* de la prostituta y el consumo del simulacro

Las narrativas de los participantes en la investigación nos muestran que un elemento clave en el consumo de prostitución es la búsqueda de un modelo hiperfemenino de mujer que es representado por las mujeres en situación de prostitución en lo que se ha denominado dentro de la investigación como la *performance* de la prostituta. Es decir, estos clientes no solo buscan pagar por sexo, sino un modelo específico de mujer que es representado por la prostituta. Se busca consumir la hiperfeminidad representada de manera más o menos satisfactoria por las mujeres en prostitución.

Esta hiperfeminidad, como se ha visto, es la contraparte de la masculinidad hegemónica para restituir las relaciones de género en sus términos normativos. Así, se trata de hombres que buscan una mujer que representa el papel socialmente asignado de complacencia y la disponibilidad para la satisfacción de los hombres por encima de sus deseos. En las relaciones de prostitución se proyectan mandatos de hiperfeminidad sobre las mujeres que cumplen de forma paradigmática y por un precio determinado con el ideal femenino normativo del *ser-para-los-otros* (Lagarde, 2000). De esta forma, en prostitución se observa de una manera clara que la norma femenina se centra en la complacencia de los otros. En este sentido, Baudrillard, afirmaba que a nivel social se representa a “[I]a Mujer como modelo colectivo y cultural de complacencia” (Baudrillard, 2009, p. 107).

El género es construido en relación, en oposición, en jerarquía, en el binarismo que necesita de ambos. Por tanto, para mantener los valores de la masculinidad hegemónica, es necesario también mantener la feminidad enfatizada o hiperfeminidad, aunque sea ficticia. Es decir, para reconocerse y ser reconocido como hombre, algunos cuentan con la prostitución como el escenario en el que al pagar por sexo con una mujer, se satisface una especie de anhelo de *auténtica* —aunque ficticia— feminidad, que reúne algunos de los valores normativos tales como: complacencia y satisfacción del hombre, disponibilidad de acceso sexual, reconocimiento, escucha y comprensión, el disfrute de ser objeto del deseo y la mirada masculina, la aceptación e incluso que representen que gozan con la situación de subalternidad en la que se encuentran frente a los hombres. Todo ello ha de ser representado por la prostituta, pues es prácticamente imprescindible para la satisfacción del cliente. Tanto es así, que en los casos en los que esta teatralización de la complacencia no se produce, algunos clientes lo nombran como “mala experiencia”, como se explicará más adelante.

Así, la prostitución puede ser interpretada como una institución paradigmática en la reproducción del binarismo de género y de la heteronormatividad, a través de la ficción de hiperfeminidad que necesita la mas-

culinidad hegemónica para reafirmarse. En otras palabras, la masculinidad hegemónica necesita de espacios donde encontrar valores de la hiperfeminidad para definirse y perpetuarse. A través de esta práctica se busca reconstruir el orden de género en términos patriarcales.

Un claro ejemplo de esto se encuentra en el relato del siguiente entrevistado, donde se describe que la prostituta es el ideal de mujer porque le complace, es afectiva, respetuosa y no le contradice:

cuando te acostumbras a la prostitución, no ya en las relaciones de pareja sino cualquiera, de amistad, todo te resulta áspero porque esto es tan, tan dulce, tan empalagoso, tan afectivo, no hay ningún roce (E2).

De esta forma, el simulacro es una parte inherente a la prostitución, como expone Negre i Rigol (1988: 92): “Si todos representamos nuestros papeles, nuestras biografías y a nosotros dentro de ambos, la prostitución es, quizás con la excepción del travestismo, una de las actividades cotidianas más llamadas a exagerar esta representación”. Se sabe que la hiperfeminidad representada es falsa pero, por otro lado, se transforma en realidad, de tal forma que muchos clientes parecen ignorar que las mujeres en prostitución aprenden y representan una variedad de guiones (Tiganus, 2021; Katsulis, 2010). Así lo explica la exprostituta Marta Elisa de León: “[Y] o descubrí siendo puta que era experta en fingir” (De León, 2012:101).

Este simulacro en muchas ocasiones se representa como real en una estrategia de disonancia cognitiva de los clientes para ocultarse a sí mismos que están pagando por ello. De esta forma, la *performance* de la prostituta se vuelve tan relevante que para muchos consumidores llega a tener más importancia y más valor incluso que los atributos físicos de la mujer prostituida. En este sentido, Gómez *et al.* (2015: 82) exponen que en prostitución “las mujeres reconocen que deben fingir y teatralizar. Para conseguir un cliente y para que el servicio sea más rápido, adoran el ego del cliente, consiguiendo que se excite más rápido y que se quede satisfecho”.

La teatralización que han de realizar las mujeres en prostitución es también una *performance* del placer y del deseo en una relación no elegida y que no está basado en la reciprocidad. Se espera que la prostituta represente el placer de ser objeto de deseo por parte de los consumidores, y que ficcione también el placer y el goce sexual. La ficción del disfrute que realiza la mujer prostituida sirve para autoafirmar la virilidad de los hombres en la creencia de ser un *experto* sexual. Es decir, para sentirse hombre en el terreno de la actividad sexual no solo ha de llevar a la práctica relaciones sexuales, sino que ha de creerse que tiene buenas habilidades en el terreno sexual. De esta manera, las prostitutas simulan y ficcionan el placer que les provoca una relación con un hombre al que ellas no desean. Es el agrado de ser deseada por la mirada masculina y el placer de ser receptora de sexo no deseado. La *performance* de la prostituta simboliza de una manera muy significativa el artificio de la sexualidad masculina bajo el marco patriarcal: el deseo de las mujeres es invisibilizado o adquiere valor como simulación irreal como en el caso de los orgasmos femeninos fingidos. El orgasmo femenino no es la finalidad de las relaciones sexuales en términos patriarcales, sino que tiene valor como reafirmador de la masculinidad para los hombres que desean afirmarse en el rol del *buen amante*.

Los demandantes son conscientes de que es el dinero el que les permite el acceso al cuerpo de las mujeres, sin embargo, pareciera que se convencen a sí mismo de que a ellas les gusta y sexualmente se excitan con ellos. Un importante número de demandantes insisten en que las prostitutas disfrutan con ellos, a pesar de que las evidencias muestran lo contrario (Farley *et al.*, 2009). Las investigadoras Farley *et al.* (2009) interpretan que esta convicción podría ser un intento de reducir la disonancia cognitiva del uso sexual de la mujer en esas condiciones que los clientes saben que no son ni iguales ni libres.

El simulacro es una ficción en la que se invierten los sentidos de las acciones y aparece real lo irreal. La cultura y el imaginario patriarcal cristaliza en la inversión sistemática de significados en relación al deseo de las mujeres, y así tradicionalmente se ha responsabilizado a las mujeres de las acciones y comportamientos de los hombres. Por ejemplo, la mujer como elemento “provocador” de los hombres, y en esa provocación se la responsabiliza de los actos y las violencias cometidas por los hombres, o la idea de la “violación deseada”, donde una agresión sexual hacia una mujer es simulada como deseada y/o buscada por las mujeres. En el caso que nos ocupa, la inversión de significados hace que algunos demandantes sean capaces de imaginar la prostitución como un intercambio mutuo de placer.

Por todo ello, muchos de los clientes realizan esa disonancia cognitiva que produce una inversión del significado de su acción, porque buscan sexo impersonal y deshumanizado en el que ellos eligen cuándo, con qué prostituta y qué tipo de prácticas sexuales van a realizar, pero parece necesaria la ficción representada por la prostituta como instrumento para el reforzamiento de la hombría (Ranea, 2017; 2019). De esta forma, además, la simulación permite que la práctica que ellos están llevando a cabo se aleje de ser percibida como una agresión sexual. A este elemento Plumridge, *et al.* (1997) lo denomina el “mito de la mutualidad” para señalar que muchos clientes tienen creencias contradictorias porque perciben el sexo de pago como si fuera un intercambio mutuo de placer. En esta misma línea, Ekis Ekman se refiere a la “paradoja del comprador” en los siguientes términos:

Quiere una mujer que actúe como si *no* estuviera trabajando, es decir, una mujer caliente, excitada, sensual, a la que le encanta irse a la cama solo con él. El ideal del comprador es una mujer que entregue absolutamente todo su ser, una que realice el acto con la precisión de una máquina y el entusiasmo de un animal salvaje (Ekis Ekman, 2017: 145).

Es decir, el hombre que paga por sexo paga a una prostituta que no ha de olvidar que es una prostituta, pero, a su vez, ha de fingir que no lo es y que la relación parezca ante la mirada masculina como un simulacro de mutualidad. La ficción y el autoengaño del demandante forman parte intrínseca de la experiencia en prostitución.

Así, representan a las mujeres en ejercicio de prostitución como mujeres que disfrutan de su sexualidad *libremente*, sin embargo, su rol depende de que un grupo de varones heterosexuales —de forma individual o colectiva— pague por mantener relaciones sexuales con ellas. Es decir, el valor y significado de la mujer prostituida depende de las decisiones de los varones heterosexuales.

Para el cliente la prostitución es una expresión de la sexualidad dentro del marco de la masculinidad hegemónica, no obstante, para la prostituta es una actividad de supervivencia económica (Ranea, 2018). Así, los demandantes desean percibir la prostitución como una forma de expresión de la sexualidad de las mujeres en una clara distorsión de lo que significa la sexualidad femenina. Se puede afirmar que esa imagen de mujer liberada con independencia económica y personal mediante la cual en ocasiones se representa a las prostitutas es una máscara que tiene por función disimular los valores y estereotipos que tradicionalmente han oprimido a las mujeres (Ballesteros, 2001). Serían los clientes los que viven su sexualidad con libertad, mediante la transacción económica. La prostitución existe como sexualidad masculina (Gimeno, 2012), es decir, existe como escenario de (re)afirmación de la masculinidad hegemónica que antepone la primacía de sus deseos y su sexualidad. En la prostitución el hombre mantiene relaciones sexuales con una mujer que no le desea, y esa ausencia de deseo se oculta mediante el pago de una suma de dinero. Por tanto, la prostitución no constituye una expresión de la sexualidad femenina, sino que es utilizada para expresar la sexualidad masculina. No obstante, para algunos de los entrevistados la prostitución es percibida y representada como una opción sexual libre de las mujeres.

Además, hay que subrayar que el elemento de la mutualidad en las relaciones sexuales no tiene que ser analizado únicamente como hecho aislado relacionado con la prostitución, sino que es un elemento que atraviesa la masculinidad hegemónica sea prostituyente o no. Este hecho puede ocurrir en otras experiencias sexuales heteronormativas, incluidas las pactadas, en las que no se da cuenta del deseo propio ni el placer real de las mujeres. Las mujeres son cosificadas en la primacía por la obtención de satisfacción sexual masculina, como expone Basaglia (1983:43): “[S]i no hay reciprocidad y un solo polo determina las modalidades de relación entre dos, el resultado será un cuerpo femenino convertido en objeto de erotización. ¿Es esto natural? Ella se ve obligada a convertirse en instrumento”.

A partir del deseo masculino se construye la percepción sobre lo que ha de ser la sexualidad femenina. Es decir, la sexualidad femenina no tiene entidad propia, sino que tiene sentido en tanto en cuanto es instrumental para la masculinidad hegemónica. Por todo ello, los hombres se presentan y se imaginan como dadores de placer a las mujeres, pero desconocen la sexualidad femenina al negarles la subjetividad. Es importante destacar que el simulacro femenino actúa como mecanismo de reforzamiento de la hombría. El orgasmo fingido por parte de las mujeres es una herramienta de fortalecimiento y complacencia hacia la masculinidad hegemónica. Es decir, el orgasmo fingido es una herramienta para proyectar su virilidad.

El simulacro tiene un carácter que entronca con lo que podríamos denominar el narcisismo de la masculinidad hegemónica, o lo que Lorente (2017) identifica afirmando que “el machismo es narcisismo”. Así, el simulacro alimenta el ego narcisista masculino, como también expone Han (2014:11): “El sujeto narcisista no puede fijar claramente sus límites [...] El mundo se le presenta como proyecciones de sí mismo. No es capaz de reconocer al otro”. La prostituta se convierte en espejo sobre el que mirarse y a través del cual se proyecta el tipo de masculinidad hegemónica que persigue el demandante de prostitución.

El simulacro que es la *performance* de la prostituta convierte la prostitución en un escenario donde los hombres no se sienten juzgados, ni interpelados por las mujeres, es decir, la prostitución es un espacio de autoafirmación sin límites del yo masculino.

Por todo lo expuesto, en este apartado destacamos la importancia de analizar la prostitución como un simulacro y/o ficción, retomando las palabras de André Gorz (1995:95) acerca de la prostitución:

Su prestación va a ser una simulación; y ella no lo oculta. El cliente, por otra parte, lo sabe. Sabe que no puede comprar unos sentimientos y una complicidad verdaderos. Le compra la simulación. Y lo que finalmente desea es que esta simulación sea más real que natural, que le haga vivir imaginariamente una relación venal como si fuera una relación verdadera. El tecnicismo se reintroduce, pues, en la relación venal bajo una forma distinta y mediante un cauce distinto: el dominio, por la prostituta, del arte del simulacro. Los actos que ella propone están disociados de la intención que significan: tienen por función dar la ilusión de una intención o una implicación que no existen. Son *gestos*. Esos gestos son producidos con una técnica bien dominada. Simulan un *don de sí*. Los procedimientos técnicos de la simulación permiten, pues, a la prostituta no implicarse en una relación que significa la implicación total: se ausenta efectivamente de esa relación, deja de habitar su cuerpo, sus gestos, sus palabras en el momento de ofrecerlos. Ofrece su cuerpo como si este no fuera ella misma, como un instrumento del que estaría separada (Gorz, 1995: 95).

En el sentido que señala Gorz, el simulacro permite a la mujer en prostitución disociarse de la experiencia prostitucional. Este artificio de actuación le sirve como ilusión de no estar viviendo la experiencia en primera persona. Su *performance* es una estrategia de supervivencia en prostitución. No obstante, hay que tener en cuenta que esa disociación de la corporalidad puede dejar secuelas en la salud biopsicosocial de las mujeres

(Farley, 2006; Farley *et al.*, 2003). Como expone Ekis Ekman (2017:137), la idea de la prostitución se fundamenta en la conceptualización del yo dividido mente/cuerpo, de tal forma que “la prostitución consiste en fijar una línea divisoria entre el yo privado y el yo público”, tratando de desconectar el cuerpo de la psique como estrategia de supervivencia.

Por todo lo expuesto, el simulacro supone que se represente un deseo y que el cliente realice esa inversión del sentido de la acción, llegando incluso a desestimar la importancia que tiene el dinero que paga a la prostituta por el simulacro. El dinero crea el simulacro para el demandante, no obstante, algunos clientes llegan a creer que el simulacro es real en un proceso de disonancia cognitiva que niega el poder económico ejercido. No es una relación mutua, sino que se trata de la imposición del deseo masculino a través de la mediación económica.

Para ordenar los discursos en torno a la *performance* de la prostituta y el consumo del simulacro, lo hemos dividido en los siguientes subapartados, que dan cuenta de las principales ideas narradas a este respecto por los entrevistados:

4.1. La complacencia y el “disfrute” sexual de las mujeres prostituidas

Son varios los entrevistados que afirman que las prostitutas disfrutan con ellos, estableciendo en diversas ocasiones comparaciones con el resto de los clientes que quizá no les proporcionan esas satisfacciones. Algunos de los fragmentos recogidos a continuación se refieren a las respuestas a la pregunta sobre lo que creían que sienten las prostitutas cuando mantienen relaciones sexuales con ellos; otros fueron narrados a lo largo de la entrevista según relataban experiencias en prostitución. La búsqueda de la complacencia femenina hacia el sujeto hegemónico masculino se repite en varios de los discursos:

Era más caro porque yo pensé... Es más caro porque la chica será mejor, y sí, la verdad que fue mejor porque la chica en todo momento [...] fue súper agradable, ¿sabes? En ningún momento me miró mal, esa vez sí que estuvo bien. Fue como... Ahí cuando acabé no me sentí mal, ahí dije, ¿sabes? Acabé y estaba... Estaba, dije, está bien esto (E1).

Para encontrar a una chica que no hace nada, una muñeca hinchable no hace nada, es un rollo pero, como no es lo normal, generalmente parece que... Que me he pegado unos polvillos que han sido muy buenos, si te digo la verdad, no te voy a mentir. Yo no lo noto al menos, y te digo la verdad, si lo pasan mal, en mi caso pues parece que está bien la cosa, yo no lo puedo afirmar al 100%, ¿me entiendes? (E5).

Con lo que ellas pueden ganar más o menos, por lo agradables que sean o simpáticas, pero es eso, en eso me baso. Que sea excesivamente normal o guapa y que sea un poco simpática porque si ves que te pone mala cara dices tú, ¿sí? Pues mis 20 euros no te los vas a llevar [se ríe] [...] si ves que el servicio esta chica te lo da bien pues vuelves, que no, pues no (E8).

Uno de los participantes menciona como positivo que las prostitutas en los clubs son “más complacientes”. Compara, además, a las mujeres que ejercen en calle con las mujeres que ejercen en club, destacando el agrado de estas últimas:

Si tú vas con una chica de la calle de Montera, es probable que ni siquiera se quite el sujetador porque tiene una concepción muy coitocéntrica y muy cruda de su trabajo, ¿no? Y no va a tolerar que le beses en la cara o que la acaricies... [...] vas a un club, un piso y tal, las chicas son más complacientes, ¿no? (E2).

La importancia de la *performance* de la prostituta es fundamental en el devenir del hombre que va a pagar por sexo porque le permite eliminar o minimizar dudas éticas al respecto, ya que el estereotipo de la “prostituta feliz” convierte el sexo de pago en la ficción de la mutualidad en la que las mujeres disfrutan y, por tanto, disminuye la posible percepción negativa respecto a la prostitución. En este sentido, el siguiente entrevistado explica que leyó sobre esto en los foros de internet y que fue este uno de los desencadenantes que le motivó para iniciarse en el consumo de prostitución. En los foros, la implicación de las mujeres tiene gran valor y, como se observa en su relato, sirve como referencia para otros prostituidores:

Empecé a leer y me llamó mucho la atención porque uno tiene la idea de que el cliente va y la chica, puñeteras las ganas que tendrá de hacer na' con alguien que viene, que no conoce de nada [...]. A mí eso me chocó porque no tenía esa visión en absoluto, me llamó la atención lo normal, una relación como si ella también quisiera tenerla, luego hay de todo, pero eso me llamó la atención de decir, el cliente se lo pasa bien pero la chica también se lo puede pasar bien. Lo vi digamos como más natural, digamos, entonces como soy una persona curiosa por naturaleza vas leyendo, leyendo y ya pues se te pasa por la mente la idea de decir, oye pues lo tendré que probar yo también, por probar (E11).

Por otro lado, las prostitutas como “profesionales del sexo” son percibidas como expertas en complacer al hombre, a diferencia de las “mujeres de la calle”, término que uno de los entrevistados utiliza para referirse a las mujeres no prostituidas:

No es lo mismo una profesional del sexo que una chiquita normal, se nota. Lo que pasa es que hay menos pasión, una chica de la calle pues tiene más pasión, no lo hace por dinero ¿me entiendes? (E9).

Fue una muy buena profesional, ya cuando la cosa estaba pum pum, pues ya totalmente maravilloso, un par de postura y como la seda. Salí con una sonrisa de oreja a oreja, de hecho (E13).

En la representación de las prostitutas como *profesionales del sexo* aparece también el imaginario pornográfico en el que la *buena* prostituta ha de parecer también una actriz porno:

Con alguna repito, lo que pasa es que ¿sabes lo que me pasa cuando llevo ya mucho? Yo me canso [se ríe], es la poligamia. Pero sí he estado con muchas que cinco o diez, la que más diez, porque esa parece una actriz porno, aparte de guapa sexualmente era una máquina, y muy guapa. Esa la que más, diez. Luego habré estado con otras cinco o seis veces, cuatro, sí, sí (E9).

En línea con estas ideas, se observa que con frecuencia entre los entrevistados la excitación ante la idea de que representa a la prostituta como una mujer a la que le encanta este tipo de sexo:

Como dicen las pobres chicas “pues una tampoco es de piedra”, lo que nos gusta, nos gusta (E4).

Sí parece que es mutuo, incluso a veces he encontrado a varias que querían joder, que no querían masajitos y tonterías, ¿sabes? Y yo iba en plan un día más tranquilo, que quería un masaje y se cabreaban, que querían follar, eso es una cosa que... He encontrado flipadas, pero cosas que fliparías, que a lo mejor vas en plan más tranquilo y ya pues no, ellas quieren pues follar (E5).

El tema del sexo les gusta de verdad y pues sacan un dinerito y esto, que lo reconocen y ya está, algunas chicas morbosas y esto. Pero bueno es lo que hay en general. Pero bueno también chicas que no les apetece hay bastantes, en porcentaje pues el 5 o 10% del total, más o menos (E5).

Se pone de manifiesto la búsqueda por parte de ellos del placer de ellas, obviando que no se trata de la sexualidad de las mujeres, sino que están en esa situación por el dinero. No es una relación sexual deseada ni mutua, pero a través de la ficción del simulacro se acercan a que lo parezca para ellos:

Ejecuté mi rutina a la que yo estaba acostumbrado porque yo consideraba normativo al acostarse con una mujer, primero buscar el placer de ella, abrir la cajita del tesoro, ella cooperó muy bien, decía que se había corrido dos veces, ¿sabes? Y yo dije, bueno, pues te voy a creer. Luego no conseguí correrme yo, se nos acabó el tiempo. [...] me dijo: “¿Me puedes decir qué hora es?” cogí el reloj y “¡ay si ya son las tal, se nos ha acabado el tiempo!”. Y yo vale, se levantó de la cama y ya de repente como que todo el script se apagó, ¿sabes? El taxímetro ¡cling! Y ya se apaga, y entonces eso le encontré un puntillo desolador (E12).

En el relato del siguiente entrevistado, explica que prefiere acudir a la prostitución a primera hora porque las mujeres no están tan cansadas, y así disfrutan con él. Se puede afirmar que es el hecho de no estar tan cansadas lo que les permite teatralizar el simulacro del placer de una forma más satisfactoria para el cliente:

Lo mejor es ir a primera hora porque están más descansadas. A partir de las siete ya va mucha gente a Montera, a mí me gusta ser de los primeros... Para mí... Me gusta que las prostitutas disfruten, que se mojen conmigo, y entonces que me prefieran a mí que a otros clientes... (E4).

4.2. “Malas experiencias”: fallos en el simulacro

Cuando la representación de la prostituta no es llevada a cabo de forma satisfactoria para el demandante, estos perciben que ha fallado el simulacro y no se han cumplido sus expectativas en cuando a la hiperfeminidad esperada.

Es importante destacar que algunos entrevistados narraron lo que sintieron durante y/o tras la primera experiencia en prostitución, y para algunos esta primera experiencia es representada de alguna manera como incumplidora de las expectativas que se habían generado sobre prostitución. Como si el imaginario que gira en torno a la prostituta como *profesional del sexo* incluyera elementos míticos que vinculan las experiencias en prostitución con la satisfacción y la perfección sexual dentro del imaginario masculino. Algunos de los entrevistados coinciden en que en la primera experiencia con una prostituta tampoco fue tan satisfactoria como imaginaban. De esta manera, la construcción del imaginario en torno a *las profesionales del sexo* como si fueran *diosas* del placer para los hombres se desmorona cuando la *performance* de la prostituta falla:

La mujer esta del principio todo el rato poniendo una cara de asco, que podía haber cogido, haberme levantado y haberme ido porque yo estaba hasta incómodo... Yo lo que busco es sentirme cómodo, no incómodo... (E1).

La verdad es que fue muy robótico (E7).

Fíjate que esperaba algo más, yo en mi mente decía, tiene que ser algo maravilloso y luego dije pues bueno, está bien porque está bien pero tampoco lo vi como algo ¡hostias Pedrín, esto es la leche! (E8).

La primera chica se sentía súper forzada y estaba haciendo algo completamente, es raro [...] fue una situación casi violenta para mí (E3).

El siguiente entrevistado hace referencia a lo largo de la entrevista al término “profesional del sexo” pero, por otro, manifiesta su desagrado pues parece que ella esté trabajando con él y, de esta forma, el simulacro pierde credibilidad porque la mujer prostituida no es capaz de transformar lo irreal en *real*:

Que yo tampoco es que quisiera amor, o una simulación de que ella me quería, pero no sé, a lo mejor la simulación de que se estaba divirtiendo conmigo por lo menos [se ríe]. Me dio la sensación de que... [silencio]. De que estaba trabajando conmigo, no una persona que no le gustara su trabajo, pero sí que estaba trabajando conmigo (E12).

Así, pagar no siempre les garantiza que la *performance* de la prostituta sea representada:

He tenido de todo, y he tenido alguna mala, son minoría pero alguna mala también... Me he encontrado con chicas que... Pero en esto es muy sencillo, oye, o muy buenas, hay quien dice: como he pagado tal... Si una chica con la que incluso, el caso más extremo, una que no quiso ni desvestirse, no quiso hacer nada, sí, pues lo perdiste amigo. Ahí no hay garantía, no hay reembolso, nada, te jodiste, pero bueno (E4).

Otro de los participantes explicó que la segunda experiencia “fue horrible” porque falló la representación de la prostituta, de la que dice que “tenía el coño seco”. En su relato comenta que “se lo curraba mucho” para que la prostituta disfrutara, como si la sexualidad se viviera de forma mecánica y la mujer fuera una máquina a quien le aprietan varios botones para provocar la excitación; sin que el deseo femenino sea tenido en cuenta. Además, se refiere a los preámbulos previos a la penetración como si este hecho tuviera importancia en una relación no deseada para la mujer prostituida. Es decir, como se ha comentado con anterioridad, para ellas no es sexo, sino que es una actividad en la mayoría de las ocasiones vinculada a la supervivencia económica; así, los preámbulos que buscan su excitación carecen de sentido para ellas.

Fue horrible, no me gustó nada porque lo vi tan artificial y tan falso. Tan... No me lo creí, esta está fingiendo. Además, yo me lo curraba mucho, mucho para que la chica en los preámbulos se volviera loca, estuviera súper mojada, súper cachonda... No me dejó hacer preámbulos, total que el coño lo tenía seco y fue... O sea, ¿esto qué coño es? Y ella: ¡ay sí! [Imitando un gemido]. Esto es mentira. Para mí fue una sensación muy, muy de decir, ¿qué es esto? No me creo nada, esto es todo artificial. Y fue después cuando ya di con alguna que le gustaba, que le molaba y tal, y la cosa cambió mucho. [...] Esto es genial. Y dije: ¡vivan las putas!, y ¡qué feliz me hacen! [se ríe] (E10).

La implicación⁵ en la representación de la hiperfeminidad, del placer y del deseo es uno de los elementos que más valor tiene para los hombres que pagan por sexo. No desean una “muñeca hinchable” como comentan E1, E5, sino que pagan por esa ficción, que es representada en el escenario de prostitución.

Hay algunas veces que dices: vaya chica más maja; y hay otras veces: joe, ¿para esto he pagado? Y es verdad que dices, que es un... Que ellas también tienen que estar hasta las narices de tener gente todos los días para arriba y para abajo (E1).

Me tumbé en la cama y me la chupó y la verdad es que sin más, tampoco fue de las mejores, quería acabar rápido y yo recuerdo que creo que no llegamos ni a 15-20 minutos, luego se puso encima un rato y cuando se ve que se cansó se puso a cuatro patas y yo acabé bastante rápido. Y nada luego cinco minutos echados en la cama y ella fumó, yo nunca he fumado y para abajo. La verdad es que fue muy robótico, muy... No hubo *feeling*, por así decirlo, ella sabía lo que tenía que hacer, lo hizo y se acabó (E7).

En el siguiente fragmento del relato de E11, admite que se sintió mal ante la actitud de una prostituta que fue “súper borde” con él, es decir, que no fue lo complaciente y agradable que esperaba, que no cumplió su

⁵ La implicación de la prostituta es una de las categorías que se puntúa en algunos foros donde los demandantes de prostitución rellenan plantillas calificando los distintos aspectos de las prostitutas a las que pagan.

papel exaltando la hiperfeminidad. Se puede afirmar que todo rastro de subjetividad y humanidad propia por parte de las mujeres ha de ser ocultado tras la *performance* por la que se le paga. De esta forma, su humanidad se esconde mediante la mascarada que lleva a cabo, y cualquier signo que la descubra es sancionado porque incumple el rol asignado. En este sentido, Chejter (2011: 29) expone que: “[L]a mujer prostituida aparece representada como cuerpo-objeto, deseable solo en la medida en que sirve para cumplir un servicio por el que se le paga. Esta cosificación de las mujeres aparece con distintos matices o grados; puede ser total o relativa [...]. Todo gesto, conducta o reacción que pueda revelar su condición de persona es permanentemente rechazado o excluido”.

La chica fue súper borde, casi antipática con esa actitud de “las ganas que tengo yo de que tú estés aquí” ¿sabes? [...]. Me hizo sentir mal porque te hace sentir mal con esa actitud porque es como si te rechazaran, ¿no? Entonces no me gustó, me sentí mal y estuve sin ir bastante, a lo mejor un año totalmente alejado (E11).

4.3. La conciencia sobre la irrealidad del simulacro

La percepción de que en la relación de prostitución el disfrute no es mutuo aparece en algunos de los fragmentos de entrevista que se recogen a continuación en los que, a su vez, estos entrevistados dan cuenta de ser conscientes del simulacro. Hacen referencia al hecho de que ellas puedan estar fingiendo o que estén siguiendo un patrón, como un guion. No obstante, el hecho de ser conscientes del simulacro por parte de las mujeres prostituidas no desestabiliza completamente la percepción en torno a que otras puedan disfrutar de forma *real* con ellos.

No te puedes fiar, a veces parece que se corren y esto, pero no te puedes fiar (E5).

Hay algunas prácticas o algunas experiencias de prostitución que yo alguna tuve, muy pocas del total, pero alguna sí que hubo, que la persona, la mujer no estaba mal a gusto del todo [...] Otras veces hay fingimiento (E6).

Las chicas de los clubs hay veces que también se lo pasan bien ellas, además que lo notas tú, muchas fingen y otras no, te das cuenta que no, pero vamos que se lo pasan bien contigo porque tienes empatía y les caes bien y un chico limpio, le caes bien y ya está, somos humanos y ya está (E9).

Ellas digamos que llevan ya un patrón establecido como de cosas a hacer, llevan un poco como un guion entre comillas, de primero se empieza así, luego esto, luego lo otro, lo otro... (E11).

Por tanto, nos encontramos con discursos en los que reconocen que son conscientes de que es una representación que hacen para ellos porque ellos, de alguna manera, la necesitan para motivarse y/o sentirse bien. En el caso de E2 explica que ellas están llevando a cabo esa *performance* mientras pueden estar sintiendo desagrado o asco. No obstante, esa ficción es útil para que él se sienta mejor. Es consciente de la ficción y de los malestares que experimentan las mujeres, pero eso no impide su disfrute porque su subjetividad prima por encima de lo que puedan estar sintiendo las mujeres.

Yo sé que todo es ficción, están actuando, también sé que ellas pues eso, es como el que se sube al andamio y vive con el riesgo continuo de caer, pues estas viven con el desagrado, el asco, que bueno, también ellas me han ayudado a superar complejos, entonces ellas lo llevan con mucha naturalidad (E2).

También muchas veces puedes pensar, ellas están gimiendo para motivarme a mí en ese sentido, y no estará sintiendo nada, pero eso ya se lo tendrás que preguntar a ellas. Puede que con algún cliente sientan algo, y con otros nada (E1).

Por último, manifiestan que en diversas ocasiones se han encontrado con mujeres prostituidas que no escenifican de forma adecuada la *performance* de hiperfeminidad que se espera de ellas: “Todo depende de la chica, hay chicas que son fáciles de llevar y tías que no; tías que se lo curran muy bien y tías que lo odian, eso lo ves enseguida” (E10).

5. A modo de conclusión

A través del análisis de los discursos de hombres que demandan prostitución y, tomando como marco teórico la herramienta de la masculinidad hegemónica en uno de los sentidos propuestos por Raewyn Connell, se afirma que el simulacro de la *performance* de la hiperfeminidad esperada de las mujeres en prostitución es una parte fundamental de la experiencia de estos hombres. La representación de la hiperfeminidad por parte de las mujeres prostituidas les permite a ellos difuminar el hecho mismo de pagar por sexo y enmarcarlo en una autoficción que se representa como un intercambio casi mutuo con las mujeres prostituidas. Esto es, estos

hombres pagan por un simulacro para disociarse del significado de la prostitución como institución patriarcal a través de la que acceden al cuerpo de mujeres que no les desean, pagando por el consentimiento de estas. En el caso de los entrevistados, el simulacro de la prostituta les permite separarse de la idea de estar imponiendo a una mujer que mantenga relaciones sexuales con ellos, ya que la *performance* encubre la ausencia de deseo de las mujeres. Por todo lo expuesto a lo largo de este artículo, la prostitución de mujeres puede ser interpretada como un escenario de reconstrucción del orden de género en términos (hetero)normativos.

Bibliografía

- Basaglia, F. (1983): *Mujer, locura y sociedad*, México, Universidad Autónoma de Puebla.
- Baudrillard, J. (2009): *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Madrid, Siglo XXI.
- Beauvoir, S. (2005): *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra.
- Chejter, S. (2011): *Lugar común: la prostitución*, Buenos Aires, Eudeba. Universidad de Buenos Aires.
- Connell, R. W. (1987): *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*, Stanford, Stanford University Press.
- De León, M. E. (2012): *Las ocultas. Una experiencia de la prostitución*, Madrid, Turner.
- Ekis Ekman, K. (2017): *El ser y la mercancía. Prostitución, vientres de alquiler y disociación*, Barcelona, Bellaterra.
- Farley, M. (2006): “Prostitución, trata y estrés postraumático”, en L. Marcos, eds., *Explotación sexual y trata de mujeres*, Madrid, Editorial Complutense.
- Farley, M., A. Cotton, J. Lynne, S. Zymbecj, F. Spiwak, M. Reyes, D. Álvarez y U. Sezguin (2003): “Prostitution and trafficking in nine countries. An update on violence and posttraumatic stress disorder”, *Journal of Trauma Practice*, 2(3/4), pp. 33-74.
- Friedan, B. (2009): *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra.
- Gimeno, B. (2015): “Feminicidio por prostitución: el feminicidio invisible”, en G. Atencio, ed., *Feminicidio. El asesinato de mujeres por ser mujeres*, Madrid, La Catarata.
- Gómez Suárez, Á., S. Pérez Freire y R. M. Verdugo Matés (2015): *El putero español*, Madrid, La Catarata.
- Gorz, A. (1995): *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Editorial Sistema.
- Han, B. C. (2014): *La agonía de Eros*, Barcelona, Herder.
- Katsulis, Y. (2010): “‘Living Like a King’: Conspicuous Consumption, Virtual Communities, and the Social Construction of Paid Sexual Encounters by U.S. Sex Tourists”, *Men And Masculinities*, 13(2), pp. 210-230.
- Lagarde, M. (2000): *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Madrid, Horas y horas.
- Lorente Acosta, M. (2017): “Los ‘feminarcis’”, *Tribuna Feminista*, 8 agosto. Disponible en: <http://www.tribunafeminista.org/2017/08/los-feminarcis/> [Consulta: 15 de septiembre de 2017].
- Marttila, A.-M. (2008): “Desiring the ‘Other’: Prostitution Clients on a Transnational Red-Licht District in the Border Area of Finland, Estonia and Rusia”, *Gender, Technology and Development*, 12(1), pp. 31-51.
- Plumridge, E. W., J. W. Chetwynd, A. Reed y S. J. Gifford (1997): “Discourses of Emotionality in Commercial Sex: The Missing Client Voice”, *Feminism & Psychology*, 7, pp. 165-181.
- Ranea-Triviño, B. (2017): “(Re)pensar la prostitución desde el análisis crítico de la masculinidad”, en A. de Miguel Álvarez, L. Nuño Gómez, eds. y L. Fernández Montes, coord., *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional*, Granada, Comares.
- Ranea-Triviño, B. (2018): *Feminización de la supervivencia y prostitución ocasional*, Madrid, Federación de Mujeres Progresistas.
- Ranea-Triviño, B. (2019): *Masculinidad hegemónica y prostitución femenina: (re)construcciones del orden de género en los espacios de prostitución en el Estado español*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Tiganus, A. (2021): *La revuelta de las putas*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial.
- Wollstonecraft, M. (2005 [1792]): *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Itsmo.

